

# La Novela del Partido Científico.

## As de Espadas y As de Oros.

### La lengua de Rosendo Pineda.

Desde hace unos quince años se ha dado en llamar «Partido Científico» á un grupo de altas personalidades financieras, de gran talento, cuantiosas riquezas y audaces actividades.

Este grupo de hombres de negocios fué obra de lenta y persistente selección; obró con energía y se constituyó con dura disciplina, tendiendo á influir indirectamente en la cosa pública como un medio de poder, cuyo fin era y es: la gran riqueza el monopolio de los grandes negocios.

Escogieron de entre sí al más fuerte, sagaz, audaz y astuto, como caudillo de sus empresas políticas: el Lic. Rosendo Pineda, y como escudo, no sólo decorativo sino defensivo, una lumbrera de habilidad y una alta figura cerca del Sumo Dominador: el Lic. José Yves Limantour, Secretario de Hacienda. Era éste al propio tiempo, su candidato efectivo para la Presidencia de la República.

Los procedimientos de eliminación cruel y de absorción implacable del grupo, relativamente reducido, pero de una influencia irreductible en la Secretaría de Hacienda; el hecho de que aparecieran dueños de las llaves de la Tesorería de la Nación, directores intelectuales del Ministro Limantour, quien á su vez lo fué del General Porfirio Díaz, hicieron temible y cada día más próspero y despótico al «Partido Científico.»

En nombre de la ciencia se apoderaron de industrias, bancos, ministerios, etc.

Esto nombre le fué dado como un sarcasmo de sus enemigos, pues los plutócratas que lo integraban dijeron ser heraldos de la Ciencia. En nombre de la Ciencia, se apoderaron de la Industria, los Bancos, los Ministerios, los Tribunales, los Gobiernos de los Estados. Limantour sonreía en el palacio y se lavaba las manos.

Se les atravesó en el camino una espada de combate manejada por un brioso, demasiado brioso paladín, que había sido llamado á la cabeza del soldo por el César: el General Díaz miró de reojo el creciente poder de aquel Ministro sol, y había frunció el entrecejo.

El guerrero fué el General Bernardo Reyes. Traía una larga cauda de altivos soldadones, y era á su espada de un temple fino y duro. Las corazas del General Ministro y las levitas del Ministro financiero, se encontraron frente á frente ante el Emperador.

As de Espadas contra As de Oros. El marcial copete del General Reyes se erizó de cólera, y creó la Segunda Reserva. Los finos labios del Secretario Limantour sonrieron y crearon las reservas del tesoro, con un tesoro tomado á los judíos extranjeros, á cuenta de las generaciones venidoras, si es que la Patria de Moctezuma no había reventado antes... Los dos Ases entablaron la partida en nombre del porvenir nacional, luchando por la supremacía de sus respectivos «palos.» Oros son triunfos. Triunfó Limantour; las espadas de Reyes entraron á las vainas y, disuelta la Segunda Reserva, á los empeños y bazares. Limantour sonreía y sonreían detrás los científicos de su partida: Pineda, Rulnes, los Macedo, toda la liza, toda la horda, toda la tripulación del bajel.

El César frunció el entrecejo y el pálido Limantour palideció aún más

El César tornó á fruncir el entrecejo y el pálido Limantour palideció aún más—yo soy humilde, señor. Señor, yo no ambiciono nada. Yo no hago política, señor. Señor, yo no quiero ser Presidente, yo solo soy tu administrador—murmuró Mazarino.

El Partido Científico encendió entonces su linterna para buscar á algún pobre hombre rico; y trajeron á Ramón Corral; el As de Bastos.

—¡Ecco homo!—chamaron todos. Esto será el sucesor. Viene con la preciosa cualidad ideal de su insignificancia, de su nulidad política. Esto es el Salvador.

El golpe fué magistral. El «partido» se salvó y «ganó» la «partida». El César tranquilizado, creyó que hasta después de su muerte, si acaso no era inmortal, como ya iba creyendo, podría imponer su voluntad y sobre mullido y fresco lecho de laureles durmió lar-

gamente, después de haber ofrecido Libertad y Justicia por conducto de un periodista yanquí.

Llamarón al As de Espadas y Pineda afiló su lengua

Despertó sobre saltado. Un trueno lejano había respondido á la palabra «libertad»... Limantour volvió á palidecer. Pineda preparó su maleta y afiló su lengua. Hubo voces que llamaron al As de Espadas... Más del antiguo equipo marcial sólo que daban las vainas. El General Reyes envió su acero, delante de la Lauria científica-corralista, y tomó el camino de Europa. Todo había terminado, Limantour-Corral ó sea el «partido científico» se hizo más poderoso que nunca. Ya pudieron todos sentarse tranquilamente á la mesa. El festín fué opíparo. Limantour presidía, y á la hora de los postres Macedo alzó en alto la copa litúrgica, escurrió la espuma, y brindó por la ignominia. Limantour y Pineda sonreían. Más de pronto, un «loco vagabundo» como aquel Jesús de Galilea, predicó su evangelio; las «turbas» le siguieron, y armadas con enrabinas entraron al Palacio, y, cosa inaudita, echaron al César y al Sucesor. El As de Oros pidió auxilio al As de Espadas... .

Los comensales científicos desonraron sus lenguas y las entregaron á sus lacayos para que fuesen á asesinar al «loco vagabundo» que les quitaba su dominio de los caudales públicos.

El partido científico acababa de ser fulminado, y su última convulsión, como su primer vahido, era un crimen. La lengua de Rosendo Pineda saltó en pedazos delante del «loco» victorioso, y un temblor de pánico sacudió los bolsillos, y las condelencas.

Entonces los científicos resolvieron seguir el consejo de Hamlet á Ofelia, lavaron sus dagas, se persignaron, y entraron á un convento, en el cual ellos surtían frailes y Pineda, el Prior.

O, el peor, que es lo mismo.